

Álvaro Abós

Macedonio Fernández
La biografía imposible

Plaza & Janes, Buenos Aires, 2002.

PRÓLOGO A LA BIOGRAFÍA IMPOSIBLE

En 1961 Borges comenzaba el prólogo a la antología de su maestro recordando que “no se ha escrito aún la biografía de Macedonio Fernández”. En 1973, Noé Jitrik la reclamaba así: “(A Macedonio) le es menester una biografía, ese traje de los grandes hombres que él se pondría con sorna”, aunque en 1975 Germán García decía de esa biografía aún no escrita que era “la biografía imposible”. Parece imposible, en efecto, narrar la vida de un hombre que no viajó, no ocupó cargos de poder, no protagonizó resonantes polémicas, no escribió ningún best-seller, no ganó premio alguno y que, en cierto momento de su vida, optó por la inmovilidad, la abstención, el silencio, la invisibilidad...

Pasaban los años y esa biografía seguía sin escribirse. ¿Por qué? Quizás porque las biografías son libros para ricos: ¿quién tiene tiempo y medios en países como la Argentina para investigar lo que el desprecio por el pasado, la desmemoria o los prejuicios han sepultado? Indagar en vidas pasadas es considerado un sacrilegio o un lujo. El proyecto de una biografía de Macedonio debía remover, además, la losa que él había instalado con sus ironías hacia el género: las biografías, autobiografías y entrevistas a hombres célebres, sostenía, son los novelones máximos ya que la parte que no se sabe de un hombre es la que lo hace conocido. Por amor a la paradoja, por reserva extrema, por espíritu juguetón, Macedonio sembró de pistas falsas su vida, ocultó hechos, pero también, como un titiritero de sonrisa felina, destacó otros, sugirió el retrato que otros escribieron al tiempo que llenaba su obra de señuelos autobiográficos.

Así pues, habiéndome decidido a escribir la biografía imposible, me he visto ante el contrasentido de que mi libro sobre Macedonio —ya favor de Macedonio, ¡a muerte!— sería, al mismo tiempo, un libro contra Macedonio.

Cuando, en una mesa del porteño bar Babieca, de Santa Fe y Riobamba, una tarde veraniega conversé sobre estas cosas con Ricardo Piglia, el autor de *La ciudad ausente* me advirtió de los riesgos que corría:

—El mito de Macedonio está lleno de inexactitudes. Pero es tan hermoso que toda batalla que se libere contra él está condenada a perderse.

Ese mito cabe en las diez páginas del prólogo de Jorge Luis Borges, escritas en 1961 como condensación a tantas páginas y frases desperdigadas desde 1921. En realidad, cabe en tres líneas, las que evocan la “felicidad de saber que en una casa de Morón o del Once había un hombre mágico cuya sola existencia despreocupada era más importante que nuestras venturas o desventuras personales”.

—¿Entonces?

—No hay con qué darle.

—¿Y entonces?

—Seguí adelante.

No podía hacer otra cosa, porque una vida bien vivida merece contarse, y yo necesitaba contarme a mí mismo, ante todo, y a otros, la vida de Macedonio Fernández. A lo largo de la tarea, muchas veces pensé en la advertencia de Piglia. El mito cristalizado por Jorge Luis Borges contiene, como lo verá el lector si me acompaña en la aventura, hechos erróneos. Macedonio no fundó una comuna en el Paraguay; no fue un viejito extravagante sino un hombre que alcanzó alta edad con decoro; no olvidaba sus escritos en los armarios de las pensiones sino que preservó con cuidado su obra a pesar de su errancia; no había que arrancarle los manuscritos para publicarlos porque con estricta conciencia profesional cuidó de ellos; no era un genio oral sino un escritor de rica y anticipativa obra; no fue un viudo tenebroso sino alguien que amó y reconstruyó su vida... Lo que aquí se narra, basado en una investigación rigurosa de las fuentes escritas y orales disponibles a medio siglo de la muerte de Macedonio, desmiente muchos de esos tópicos. Este libro, si bien no pretende descubrir “la verdad de un hombre” —¿qué sería eso?—, intenta restituir una aproximación necesaria y todo lo fidedigna que se pueda a esa verdad.

Quizás mi pretensión sea inútil, entre otras cosas porque el mito, además de bello, en el fondo es verdadero: “El mito es la única interpretación posible de ciertos fenómenos ordinarios” (Alfonso Reyes). En efecto, hubo en Morón o en el Once, un hombre mágico...

En todo caso, si he seguido adelante en esta empresa al mismo tiempo esperada por muchos, reclamada por otros, y condenada de antemano al fracaso, fue porque sentí el aliento de la vasta minoría Macedoniana, con la que comparto la convicción de que, siendo bella la leyenda creada alrededor de Macedonio Fernández, aun más bella es la vida azarosa e imperfecta que aquí se relata: Macedonio Fernández no fue un genio que, por casualidad, nació de un repollo (o de un zapallo, para decirlo más Macedonionamente) en una ciudad de la América del Sur, cierto año 1874. Su vida fue la de un hombre que llegó a la síntesis de su final atravesando errores, vacilaciones y desamparos, remontando caminos ciegos a los que fue invitado por su medio y su época, irguiéndose tras múltiples caídas. Era algo mejor que mágico, era humano, y por eso fue y será tan amado.

Y, finalmente, escribí este libro porque creo que no importa si se ganan o se pierden las batallas sino librarlas con dignidad y dejando en el terreno hasta el último aliento.

A. A. Buenos Aires, 10 de febrero de 2002.

1

¿Cómo contar el nacimiento de Macedonio Fernández, un hecho que él mismo narró muchas veces, ya con veracidad, ya con fantasía?

Pero de alguna manera debo empezar este libro y por lo tanto lo hago así: el 1° de junio de 1874, una mujer de 25 años llamada Rosa del Mazo Aguilar de Fernández dio a luz un hijo, y lo hizo, como era de

rigor en la época, sobre la misma cama donde había sido engendrado, asistida en el trance por una comadrona y por su madre. El hecho sucedió en una casa amplia ubicada en la calle Maipú N° 507, esquina a la calle del Parque (hoy Lavalle), en la parroquia del Socorro, en una ciudad, Buenos Aires, aún a salvo de veleidades de urbe y que aceptaba ser nombrada como una gran aldea. Eran tiempos turbulentos: gobernaba Domingo Faustino Sarmiento, pero setenta y tres días después de la llegada al mundo de ese niño, a quien llamaron, como su padre, Macedonio, el Colegio Electoral designó presidente a Nicolás Avellaneda, decisión que, debido a acusaciones de fraude, desencadenó una guerra civil.

Nacer fue una fiesta para el reciénvenido quien, aunque guardó silencio sobre otras etapas de su vida, relató una y otra vez el acontecimiento primero; éstas fueron algunas de esas versiones:

“Nací tempranamente, en una sola orilla (aún no me he secado del todo) del Plata.”

“Me encontraba en Buenos Aires a la sazón”.

“Era en 1875; fue el año de la revolución del 74”.

“Pocas personas empezaron a vivir tan jóvenes.”

“Durante un minuto fui el americano de menor edad.”

“Nací el 10 de octubre de 1875 y desde ese desarreglo empezó para mí un continuo vivir.”

“—Yo nací el 1° de junio de 1874.

—¿Y la otra vez?

—¿Cómo? ¡Sólo nací esa vez que le digo!

—¿Y con esa sola vez se ha bastado hasta ahora?”

Macedonio Fernández era de ascendencia hispana, con muchas generaciones de americano. Como han registrado algunas historias sobre la fundación y colonización del Rosario de Santa Fe, antepasados de Macedonio tuvieron tierras en zonas cercanas a esa ciudad. En el árbol genealógico, esta rama de los Fernández se entrelazó con otros apellidos de las elites argentinas como los Romero de Pineda, los Álvarez de la Vega, los Sáenz Peña.

Su padre fue el estanciero y militar Macedonio Fernández Pastor (1828-1891), hijo de Macedonio Fernández Gayoso y de Felipa Pastor y Marqués de Cifuentes, de quienes heredó propiedades inmuebles en campo y ciudad. Su paso a la milicia se produjo al alistarse en la Guardia Nacional cuando Bartolomé Mitre llamó al pueblo a un paseo militar contra el díscolo Paraguay. El entonces presidente prometió, en una arenga pronunciada el 16 de marzo de 1865 en el balcón de su casa, en San Martín 453, plantarse “en 24 horas en los cuarteles, en 15 días en campaña, en tres meses en la Asunción”. Como es sabido, esa bravata terminó en una pesadilla durante la cual los ejércitos que conformaron la Triple Alianza (Uruguay, Brasil y Argentina) se toparon con una resistencia tenaz de los paraguayos y en lugar de tres meses necesitaron cinco años, los que van de 1865 a 1870, para poner los pies en Asunción, tras empedrar el camino con un millón de muertos. El 17 de abril de 1865 se ordenó constituir diecinueve batallones porteños de la Guardia Nacional (un cuerpo creado en 1852 a semejanza

de la antigua Guardia Burguesa de Francia que Lafayette había convertido en Guardia Nacional) con quinientas plazas cada uno y el vicepresidente Marcos Paz, a cargo del poder mientras Mitre comandaba el ejército aliado, nombró oficial de uno de esos cuerpos a Macedonio Fernández Pastor. Una foto tomada en un estudio de Buenos Aires (¿Witcomb?) lo muestra orgulloso luciendo la casaca con largos faldones y el quepís galo.

Fernández Pastor llevó una vez a su hijo a visitar al prócer Bartolomé Mitre, a la casa de la calle San Martín. Don Bartolo, que murió cuando Macedonio tenía 32 años, fue una figura central en los afectos civiles de la familia, ya que Fernández Pastor era mitrista, casi una religión para un porteño de su medio social, por lo que la visita a la austera casa de la calle San Martín, que también era sede de La Nación, tuvo visos de peregrinación: allí acudían una y otra vez sus partidarios, para consultar al oráculo y recibir instrucciones o simplemente para rendirle homenaje.

A Macedonio, nacido en clima bélico, la violencia de aquella Argentina iba a tocarlo de manera cercana. La definición de la guerra civil desencadenada por los seguidores de Mitre en 1874 se produjo en la estancia La Verde, situada en el partido de Veinticinco de Mayo, donde los Fernández tuvieron campos; en el casco de esa estancia se había parapetado el jefe de las tropas leales, coronel José Inocencio Arias. Hasta allí llegaron los mitristas y entre ellos un coronel Francisco Borges, célebre por el coraje inaudito con el que cargaba al frente de sus tropas. Para este coronel Borges aquel trance fue ocasión de una auténtica encrucijada de lealtades: había empeñado su palabra de que no se levantaría contra sus superiores mientras gobernara Sarmiento; por eso, sólo se plegó a la revolución mitrista el 12 de octubre, cuando Avellaneda ya había asumido la presidencia. Mitre no creía en el triunfo de esa sublevación (“fui a la revolución para desarmarla”, diría luego), pese a lo cual llevó a los suyos al combate, en el que el coronel Borges murió abatido por las balas de los leales tras una carga en la que revalidó su arrojo. La batalla terminó con un gran fracaso militar de Mitre quien, tras rendirse, fue encerrado en la cárcel de Luján, mientras el ejército rebelde abandonaba 260 cadáveres en campos de La Verde. Sarmiento comentó así el desastre: “¡Mitre derrotado por un cadete (Arias tenía 28 años. AA), prisionero como lo fue. Lee después de cuatro años de guerra colosal...!”

El coronel Borges dejó huérfano de padre al niño, casi exactamente contemporáneo de Macedonio, Jorge Guillermo Borges, nacido en Paraná, Entre Ríos, el 24 de febrero de 1874, progenitor de Jorge Luis, y amigo de Macedonio desde la infancia de ambos.

Muchos años después, el sacrificio de Francisco Borges fue tema reiterado en la literatura de su nieto, quien le dedicó varios poemas:

Avanza por el campo la blanca
Del caballo y del poncho. La paciente
Muerte acecha en los rifles. Tristemente
Francisco Borges va por la llanura...

Así evocó a su abuelo en “Alusión a la muerte del coronel Francisco Borges (1833-1874)”, incluido en *El hacedor*.

El nombre de La Verde, esa finca cargada de historia, vinculó a Borges y a Macedonio, pues una chacra de 17 hectáreas, propiedad de la familia Bosch, que también se llamaba La Verde, aunque no tenía

nada que ver con la anterior (estaba situada más cerca de la capital, en Pilar) se convertiría, durante la década del treinta, en un refugio para el robinsonismo de Macedonio. Allí se alojó en forma intermitente entre 1929 y 1946, y allí escribió parte de su obra.

Rosa del Mazo Aguilar, nacida en 1850, también provenía de una familia que se entrelazó con apellidos del Olimpo social argentino, como los Alsina. Macedonio, al trazar alguna de sus varias y sucintas autobiografías, recordaba que, por parte de madre, descendía de un pintor, Martínez del Mazo: lo hacía para valorar su buena vista, ya que se vanagloriaba, a sus 54 años, de “no usar anteojos aunque no tengo aptitud ni discernimiento en pintura”. Ese pintor era Juan Bautista Martínez del Mazo (Cuenca 1612-Madrid 1667): yerno y discípulo de Diego de Velázquez además de discreto artista de la corte, su personalidad y memoria fueron absorbidas por la celebridad del suegro, de quien fue ayudante desde los 22 años, cuando casó con Francisca, la hija quinceañera del autor de *Las Meninas*. El precio que debió pagar Martínez del Mazo por el parentesco fue alto ya que el fisco lo persiguió seis años para cobrarle una deuda de 934.900 maravedíes que a su muerte dejó impaga Velázquez.

En 1872 el matrimonio Macedonio Fernández Pastor y Rosa del Mazo tuvo su primer vástago, Gabriela, que luego se convertiría en Gabriela Fernández de Schoo.

Macedonio, quien en su madurez gustaba nombrarse “artista de Buenos Aires”, nació en el corazón de la ciudad, y vivió siempre en ella —salvo el período de su residencia en Misiones—; sin embargo, dejó escritas algunas reminiscencias infantiles de índole campera, sobre todo caídas de caballos, una vicisitud que padeció en Veinticinco de Mayo y en campos familiares de Mercedes (Uruguay), cerca del río Negro. Durante unas vacaciones, un petizo tiró al niño Macedonio en la playa de Pocitos (Uruguay).

Como he dicho, el nacimiento de Macedonio, bajo el signo de Géminis, se produjo en una esquina de la calle del Parque, entonces una de las más elegantes de Buenos Aires. En Tacuarí y del Parque había nacido Mitre. A la vuelta de la casa de los Fernández del Mazo, Dardo Rocha, el fundador de La Plata, erigió su residencia, de estilo barroco-renacentista, con un amplio cortile, casa que los porteños que alcanzamos a pasar por allí a comienzos de la década del sesenta mirábamos como una fantasmagoría arquitectónica en el corazón de la Broadway porteña. Francisco Uriburu, primo del presidente José Evaristo Uriburu y tío del presidente José Félix Uriburu, también tuvo una gran casa en esa calle del Parque, que a fines del siglo XIX pasó a llamarse Lavalle, mientras que Julio Argentino Roca y Bartolomé Mitre, ya adulto éste, habitaban en la calle San Martín. Los Pellegrini, el padre pintor y el hijo presidente, lo hacían en Corrientes 126 y Bernardo de Irigoyen en Florida 9, para no citar sino algunos de los miembros de la elite de una ciudad que, más allá de Callao, Santa Fe y la avenida Belgrano, era ya suburbial.

A doscientos metros de Maipú 507, hacia el oeste, en la calle del Parque 915, en la misma cuadra en la que medio siglo después Macedonio ocupó pieza en una modesta pensión, se alzaba la residencia de un prohombre que también se mezcló en el destino Macedoniano: el médico ginecólogo doctor Carlos Durand, partero de las señoras ricas, en cuya obra magna, el hospital que lleva su nombre, erigido gracias a un legado póstumo, murió Elena de Obieta (Elena Bellamuerte), una aciaga noche de 1920.

Sin embargo, los cruces del destino y la historia aun no significaban nada mientras Macedonio transcurría sus primeros años en la casa de Maipú 507, con su hermana mayor Gabriela y su hermano menor Adolfo, nacido en 1876, con quien Macedonio tuvo estrechas relaciones basadas en las mutuas aficiones intelectuales. Aquella era una casa que, a falta de otros datos, imagino amplia pero sencilla, de arbolados patios con aljibe y glicinas como eran las casas de los hidalgos porteños de la época, con un jardín al fondo en el cual no faltarían ni perales ni durazneros, ni alguna planta de jazmines o camelias:

“Yo he nacido [...] de familia rica y en una nación caracterizada en ese período como la de más oportunidad de enriquecimiento y la más tranquila [...]”.

La familia no se apresuró a bautizar al primogénito, acontecimiento que sólo se verificó al celebrarse el primer cumpleaños. ¿Este retardo se debió a la guerra civil? ¿Participó el oficial Fernández Pastor en la fallida revolución mitrista?

En el folio 357 del libro 1° del año 1875 de la Basílica del Socorro ha quedado certificado el bautismo de Macedonio: la ceremonia se celebró ante el mismo altar donde, unos treinta años antes, la bella Camila O'Gorman se enamoró del sacerdote Uladislao Gutiérrez, con consecuencias tan trágicas. Oficiaron como testigos dos esposos amigos de los Fernández del Mazo: Ladislao Romero, miembro de una familia a la que pertenecía el médico precursor de la psiquiatría Melchor Romero, y su esposa Carolina Catán de Romero.

Luego de Adolfo llegaron cuatro hijos varones más: Ricardo y Arturo, quienes murieron chicos, y otros dos que sobrevivieron: Mariano y Eduardo, el deportista de la familia, quien inscribiría en la memoria familiar un gran triunfo cuando ganó el campeonato mundial de tiro, en la especialidad de revólver, en 1913, en la ciudad de Perry (Estados Unidos).

En Papeles de Recienvenido recuerda Macedonio que a los siete años cayó, desde un balcón de esa casa, “diez metros seguidos, en perfecta vertical y sin entretenerme nada”. También refiere Macedonio que en aquella casa su madre Rosa cosía “para afuera”, trabajo no incompatible con la posición social de la familia, en tiempos en los que la austeridad era norma. Sin ir más lejos, en la casa situada en Libertad 1346, en la que pasó parte de su infancia Jorge Guillermo Borges (casa quizás visitada por Macedonio) junto a su madre viuda, ésta debió tomar señoritas pensionadas. En todo caso, la reminiscencia le permitió a Macedonio vincular su erotismo infantil a la casa de la infancia en la que “había una salita ahondada de espejos para probar las clientas los nuevos vestidos”. En ese tabernáculo sensual, el pequeño Macedonio, “hasta la edad de seis años, entraba y salía [...] Todo fue descubrirse en casa que yo había cumplido los seis años [...] para prohibírseme la entrada bajo pretexto de que yo antes veía y ahora miraba”.

Además de la visita a la casa de Bartolomé Mitre, Macedonio, a sus catorce años, debió haber visto pasar el féretro que traía desde el Paraguay los restos de Domingo Faustino Sarmiento, acompañados por una multitud desde la estación Retiro hasta la Casa Rosada y, desde allí, tras un largo velatorio, y todo a lo largo de la calle Florida, rumbo

a su última morada en la Recoleta. Quizás estuvo Macedonio entre los miles de porteños que arrojaron flores o se emocionaron al ver pasar los despojos del coloso argentino.

¿Cómo recordó a sus padres el escritor Macedonio? Sobre la madre escribió páginas de evocación que el lector podrá repasar a lo largo de este libro. Sobre el padre escribió pocas, aunque decisivas y llenas de ternura, como la que describe su reencuentro con el espíritu del padre en una siesta de Posadas...

2

En algún momento de la década del ochenta, la familia se mudó a la calle Piedad 2021, y en 1887 Macedonio ingresó en el Colegio Nacional de Buenos Aires, en el que se graduó con puntualidad cinco años después y cuyas aulas compartió con amigos como Jorge Guillermo Borges y Julio Molina y Vedia. Sus calificaciones revelan que fue un alumno estudioso, brillante en algunas asignaturas aunque no se lució mucho en otras, y en su último año de bachillerato apenas sacó un cuatro... en cosmografía. Veinticinco años antes de que Macedonio entrara a ese Colegio había pasado por allí Miguel Cané, y en esas aulas que describió en la más feliz estudiantina de la literatura del Río de la Plata —Juvenilia (1884)— aún resonaban las enseñanzas de quien fuera el primer Director de Estudios (rector) del Colegio, el exiliado francés Amadeo Jacques.

“Vino entonces el Colegio Nacional. Días absurdos, profesores pedantes o grotescos”: el que relata no es Macedonio, de quien no contamos con memoria escrita de aquel tiempo, sino Carlos Dubois, el alter ego ficcional de su amigo Jorge G. Borges, en páginas de su única novela, *El caudillo* (1919): “Sus compañeros le molestaban. Algo tenía distinto a los demás: exceso de sensibilidad. Una conciencia demasiado aguda de sí mismo. Sufrió mucho tonta e innecesariamente. No encontró nadie tan pobre o tan humilde que quisiera ser su amigo...” ¿Podrían transferirse a Macedonio estas escépticas impresiones colegiales?

Aquellos años fueron trepidantes en acontecimientos públicos y privados que atravesaron la adolescencia de Macedonio. Cuando cursaba cuarto año, un frío sábado de julio de 1890 no lo dejaron salir de casa; había tristeza en Piedad 2021 porque el padre ya estaba gravemente enfermo. Desde temprano, se escuchó el tableteo de las armas en las batallas callejeras y los tiros en los cantones: había estallado la Revolución del Parque, que provocó la renuncia del presidente Miguel Juárez Celman y el bautismo político de los cívicos. En el cuartel del Parque, tan cerca de la casa de los Fernández, estuvieron parientes, amigos de familia, Juan B. Justo, Ignacio del Mazo, con sus hijos mayores... Con el nombre de Unión Cívica Radical, el nuevo partido formado por los seguidores de Leandro N. Alem se convertiría en protagonista del siguiente siglo argentino.

En 1891 murió, a los 63 años, el padre de Macedonio. Pocos días antes había testado a favor de su esposa y de los cuatro hijos que lo sobrevivieron, declarando los siguientes bienes inmuebles, además de la casa familiar en Piedad 2021: una estancia cerca de Rosario, otra en Veinticinco de Mayo y varios departamentos para renta en la Capital Federal, situados en los barrios de Balvanera (Junín 62), Once (Alsina

2512), Caballito (Pasaje San Carlos 67) y Constitución (Constitución 22).

Al comenzar 1891, Macedonio ingresó en la Facultad de Derecho; era, junto con Medicina e Ingeniería, una de las tres casas de estudio que poseía entonces la Universidad de Buenos Aires. Entre 1891 y 1896 Macedonio Fernández concurrió diariamente a las clases que se dictaban en el caserón de Moreno 350. Se han rescatado de su legajo algunos documentos de su vida estudiantil: por ejemplo, una instancia, suscripta en el papel sellado de rigor, pidiendo permiso para faltar a clase sesenta días debido a que, por enfermedad que acreditó con el respectivo certificado médico, el alumno Fernández ha de “residir en el campo”.

La Facultad de Derecho era gobernada por una academia de notables, entre quienes se contaban Bartolomé Mitre, Benjamín Victorica y Bernardo de Irigoyen. El decanato lo ocupó durante años el doctor Manuel Obarrio, un jurista que iba “siempre vestido de levita”, según lo retrató Carlos Ibarguren, quien ingresó un año después que Macedonio, agregando que Obarrio tenía un “rostro de expresión grave con sus tupidos bigotazos blancos, a través de los cuales se abría paso el sonido de su voz bronca, que contrastaba con la suave mansedumbre de su alma [...]”.

La universidad era entonces la institución cultural básica de la república conservadora y sobre todo lo era la Facultad de Derecho, proveedora de sangre joven para renovar las instituciones y espacios del poder. De sus aulas salían los dueños de los bufetes que asesoraban en los negocios de una Argentina que “tiraba manteca al techo”, y quienes ocupaban los cargos públicos, desde los más humildes, donde se fogueaban los pichones, hasta los ministerios, embajadas, bancas legislativas y la presidencia de la Nación: salvo los militares Roca, Uriburu y Justo, todos los presidentes que gobernaron la Argentina entre 1874 Y 1943 fueron abogados. En aquella fábrica de inquilinos de la Casa Rosada, la trayectoria de Macedonio, quien sería un cuestionador del poder empedernido, aunque humorístico, fue irreprochable.

En el primer año obtuvo “distinguido” en Introducción al Derecho y Derecho Internacional Público y “sobresaliente” en Derecho Civil I y Derecho Romano. En segundo año, fue calificado con “distinguido” en Derecho Civil II, Derecho Romano segunda parte, Derecho Penal y Economía Política. En tercer año recibió un “sobresaliente” en Derecho Civil III, un “distinguido” en Derecho Comercial I, y sendos “buenos” en Finanzas y Derecho Minero (¡dos plomos!). En cuarto año sacó “distinguido” en todas las asignaturas (Derecho Civil IV, Derecho Comercial segunda parte, Derecho Constitucional y Procedimientos). Finalmente, en el quinto y último año de la carrera obtuvo un “distinguido” en Filosofía del Derecho, mientras que en Procedimientos II y Derecho Administrativo sacaba “bueno” y en la última materia, Derecho Internacional Privado, considerada por todos quienes hemos pasado por esas aulas, antes y ahora, la más tediosa, Macedonio remató su trayectoria de estudiante con un magro “bueno”. ¿Qué se podía hacer con esa materia, escribió muchos años después, sino “dar examen, nunca entenderla o saber de qué se trataba”? Para aprobar Internacional Privado, Macedonio resumió los apuntes de Fiore y ante la evidencia de que “había logrado exitosamente no entenderla, es decir aprobarla, Jorge Borges hizo a su vez un resumen del resumen, lo indispensable de lo indispensable”. Estos éxitos insuflaron entusiasmo a Anuro Múscari, quien a su vez resumió el resumen de Borges. Completaba así la anécdota Macedonio: “La moraleja

o doctrina sobre la elasticidad de lo indispensable, (queda) a cargo del lector”.

“Haragán espléndido, envidiable carácter”, definía Macedonio a este Múscari —intimo amigo de aquellos años, a quien luego perdió de vista—, inventor de diversas estrategias para aprobar: por ejemplo, lograr que se postergara su llamado a examen hasta el turno noche, “más enternecedor y soñoliento”. Le daba unas monedas a un organillero para que pasara por la calle Moreno y durante el tiempo verosímil de su examen ejecutara incansablemente “ritmos y melodías posesionantes”, a fin de reduplicar “el eco melancólico de la nocturnidad y la propicia serenidad hacia la absolución de los examinandos”. Y si estos recursos psicológicos no funcionaban, le pedía el siguiente favor a su amigo Borges:

—Cuando veas que languidecen mis frases al contestar a alguna pregunta del profesor y que agoto toda posibilidad de simular que sé pero he olvidado un concepto, tira unos cuantos libros al suelo. La sorpresa general ante el ruido en medio de la expectativa, justificará que yo siga hablando de otra cosa o por lo menos que haya interrumpido el hilo del examen.

Por su parte, en *El caudillo*, Jorge G. Borges pinta la Facultad de Derecho como un ámbito que “[...] fue para él una magnífica revelación de todo lo grande que encierra la libertad y la holgazanería [...] Esa época no fue del todo malgastada, peor hubiera sido ensuciar su alma en las artimañas y vivezas del derecho [...]” Según Alicia Jurado, que ha prologado una reedición de esa novela sobre el mundo rural entrerriano, “Carlos Dubois, tímido, introspectivo, amigo de los libros y soñador, pudo reflejar al autor”. Si bien es aventurado trasladar a Macedonio el perfil de su amigo Jorge G. Borges, entre otras cosas porque Macedonio era porteño de pura cepa y no provinciano como Jorge Borges, no es descabellado que las reflexiones que formula el narrador de *El caudillo* reflejen la opinión de Macedonio: “La abogacía es propia de arribistas. Se basa en lo convencional y muerto. Protege los intereses mezquinos de la sociedad, su afán de lucro y las pequeñas preocupaciones de familia, nacionalidad, Estado [...] ¡Es más noble soñar en los caminos!”. Macedonio dejó la práctica abogadil tras ejercerla un cuarto de siglo mientras que Jorge Guillermo Borges prefirió la enseñanza y un empleo de funcionario judicial, hasta que la ceguera lo venció. Para el doctor Borges, la sociedad “estaba profundamente arraigada en el privilegio, en la desigualdad social, en el racismo, en el esnobismo. Para ser allí alguien había que colocarse la máscara del caballero católico, de un partidario de la intervención militar en los asuntos de Estado...” conforme el retrato que de él hace Emir Rodríguez Monegal, según quien el doctor Borges estaba resuelto a dar la espalda a ese mundo “a pesar de que procedía de una antigua familia argentina, era abogado y se había casado con una mujer que pertenecía a su vez a una tradicional familia católica”. Estas características podrían aplicarse a Macedonio Fernández, cuya postura contra los valores del régimen no fue menos neta.

Mientras Macedonio y sus amigos trajinaban por la Facultad de Derecho, empezaba a circular por Buenos Aires un periódico quincenal curiosamente rojo. Los lectores de *La Montaña*, fundada el 1º de abril de 1897 por José Ingenieros y Leopoldo Lugones, pudieron leer en el número 3, que ganó la calle en mayo de ese año, el nombre del colaborador Macedonio Fernández al pie de un artículo titulado “La desherencia”, que contiene una drástica aseveración: “El socialismo responde muy satisfactoriamente a la pregunta económica del problema social”.

Macedonio trabajaba esos días en su tesis, titulada “De las personas”, texto que ocupó 49 páginas manuscritas y en el que, según Adolfo de Obieta, Macedonio disiente “discretamente con Savigny y con Vélez Sarsfield” y formula una defensa de la autonomía individual como fundamento jurídico de la sociedad. En los primeros párrafos de ese trabajo del académico incipiente apunta ya cierta modestia irónica de Macedonio:

Muchas razones me invitaban a escoger el estudio teórico y positivo del sujeto del Derecho como asunto de la tesis que tengo el honor de someter a la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales a pesar de los obstáculos insuperables —por mi manifiesta incipencia—, tras los cuales el vasto problema oculta envidiosamente su propia solución; tan grandes éstos que han limitado desde el principio mis pretensiones a sólo la conquista de un poco de luz para mi espíritu, sin esperanza de aumentar la de los que, más internados en el mundo jurídico, han podido apreciar de cerca las exigencias de una solución [...]

La identidad del maestro a quien Macedonio le pidió que dirigiera su tesis revela el perfil de aquel muchacho que navegaba entre el derecho y la revolución. Fue Carlos Malagarriga, un periodista y jurista español, nacido en 1860, que entonces estaba en Buenos Aires exiliado por sus actividades republicanas y que también revistó entre los colaboradores de los doce números de La Montaña.

Malagarriga integró una oleada de intelectuales que llegó al Río de la Plata huyendo de la represión tras la derrota de la Primera República española, la de Emilio Castelar, y entre los cuales se contaba un catalán que se destacó en varios campos: Juan Biale Massé, nacido en Mataró en 1846, médico, abogado, ingeniero, constructor de una obra extraordinaria de la ingeniería civil, el Dique San Roque (Córdoba), y cuyo Informe sobre el estado de la clase obrera (1905), además de fundar la sociología laboral argentina, dio origen al proyecto de un Código de Trabajo, impulsado por el ministro de Roca Joaquín V. González, y finalmente abortado por la oposición cruzada de la izquierda sindical y de la derecha antiobrera.

Malagarriga había nacido en Barcelona, en cuya prensa republicana se hizo un nombre, además de incursionar en estudios jurídicos y filosóficos. En Buenos Aires fue colaborador asiduo en La Montañay en El Tiempo, un diario cuyas páginas recibieron con frecuencia aportes de escritores y periodistas amigos de Macedonio.

Luego de ser mentor académico de Macedonio, Malagarriga y él se hicieron amigos y Macedonio presumía de haberlo introducido en la lectura de uno de sus escritores preferidos, Henri Bergson, de quien en 1912 Malagarriga tradujo La evolución creadora.

En 1931 regresó a España: la Segunda República lo nombró embajador en Uruguay y murió durante el cerco a Madrid por las tropas franquistas, en noviembre de 1936.

El 11 de mayo de 1897 un tribunal de tesis integrado entre otros por los juristas Montes de Oca y Navarro Viola aprobó la tesis de Macedonio Fernández. El 8 de julio, en el Aula Magna de la Facultad, ornamentada con todas sus galas y repleta de familiares y amigos de los doctorandos, y también de un público atento, Macedonio subió al estrado para recibir de manos del decano Amancio Alcorta su diploma de Doctor en Jurisprudencia.

Cada colación de grado era entonces un acontecimiento público que la prensa cubría con amplitud; se adjudicaba gran importancia a las tesis doctorales que solían abrir a veces de manera resonante trayectorias prometedoras. Si la tesis de Jorge Borges —“Hipoteca naval”— no tuvo mayor trascendencia, como tampoco la de Macedonio, salvo cuando muchos años después la celebridad de su autor la revalorizó, hubo otras que causaron cierto ruido, por motivos diversos; para no salir de la Facultad de Derecho de esos mismos años, la de Carlos Ibarguren de 1898 (que le procuró la medalla de oro) o, ideológicamente opuesta, la de Alfredo Palacios (1900) titulada “La miseria en la República Argentina”, que fue “desaprobada” por subversiva.

Macedonio bajó del estrado diploma en mano y se abrazó con los compañeros que eran también sus amigos más cercanos: Arturo Múscari y Jorge Borges, para después ser sepultado por los besos de dos mujeres que miraban extasiadas al joven doctor: su madre doña Rosa y su hermana mayor Gabriela. Aquel muchacho que una foto de la época muestra de espesos cabellos quizás castaño claros, cara de fuerte estructura ósea (“frente buena y abundante cabello”, se retrató, agregando: “en todos los restantes rasgos del cuerpo, muy mezquino”) y ojos felinamente transparentes, estaba prometido a una carrera de éxito social. Integrantes de la promoción que recibió sus diplomas aquel día de julio de 1897 ocuparon posiciones descollantes en la vida pública: Horacio Béccar Varela fue ministro de Agricultura y abogado del National City Bank; Luis María Campos Urquiza fue diputado nacional y directivo de la Sociedad Rural; Vicente Gallo, rector de la Universidad de Buenos Aires y ministro del Interior; Leopoldo Melo fue presidente del Senado; Manuel Iriondo fue ministro de Hacienda en 1907, ministro de Justicia en 1932, y gobernador de Santa Fe; Enrique Rodríguez Larreta, conocido como novelista sin el Rodríguez, fue ministro plenipotenciario en Francia, ministro del Interior en 1923 y embajador en Uruguay. La lista de los cargos que ocuparon los graduados en 1897, entre quienes también estaban Ramón Videla, Antonio Peyrou, Vicente Fidel López y Carlos Risso Domínguez, podría llenar varias páginas.

Miguel de la Torre Borges posee una foto de estudio en la que pueden verse a varios de aquellos jóvenes, muy envarados y serios: mientras Jorge G. Borges exhibe un bigotazo oscuro, Macedonio, con una flor en el ojal y pose lánguida (se apoya en una suerte de reclinatorio), luce un acotado mostacho.

La promoción de 1897 acostumbraba reunirse cada 8 de julio en el Jockey Club para celebrar un aniversario del acontecimiento, pero Macedonio no concurría, hasta que finalmente lo borraron de la lista y muchos años después, cuando Manuel Peyrou le dijo a su padre Antonio —uno de los condiscípulos— que Macedonio se había convertido en un escritor notable, Peyrou se sorprendió:

—Lo dábamos por muerto hace mucho tiempo...

Sin embargo, no era Macedonio el único que no concurría a esas tenidas por no encontrarse a gusto en el ámbito del Jockey Club: tampoco lo hacía Jorge Guillermo Borges, como alguna vez lo recordó su hijo Jorge Luis. Sin perjuicio de ese apartamiento, Macedonio fue un hombre cordial con todos, aun cuando pensaran distinto; recurrió varias veces a su antiguo condiscípulo Horacio Béccar Varela, figura de peso en varios gobiernos, a fin de pedirle favores, generalmente para otros. Hay constancias de que Macedonio alegó por un hermano de José Sebastián Tallón, víctima de represalias durante el gobierno de Uruburu, y también le consiguió por esa vía un puesto a su hijo Adolfo.

Si no se juntaba con sus antiguos compañeros en el Jockey Club, Macedonio pudo hacerlo con otros jóvenes abogados que rehusaban el festín del poder y se orientaban hacia la naciente izquierda argentina, también alimentada por aquella misma facultad. Pero no lo hizo.